

pan alrededor de su sagrada imagen! Enfermos y sanos, menesterosos todos, acudamos hoy á implorar su poderoso patrocinio, y pidámosle con la santa Iglesia que se curen nuestros vicios y alcancemos salud y vida eterna. Así sea.

### PANEGÍRICO DE SAN JUAN NEPOMUCENO

(predicado en la catedral de Bogotá, mayo de 1897).

#### El dechado del carácter sacerdotal.

*Labia sacerdotis custodient scientiam, et legem requirent ex ore eius.*

Los labios del sacerdote guardarán la ciencia [del secreto], y de sus labios se exigirá [la exposición de] la Ley.

Mal. 2, 7.

1. ¡Hermosa figura la de San Juan Nepomuceno! Las hubo ciertamente notabilísimas en toda la edad media; es decir, cuando las Letras aun no habían renacido en Europa, cuando la barbarie dominaba todavía en las instituciones y costumbres, cuando, á pesar de gigantescos esfuerzos, promovidos y apoyados por la Iglesia, la civilización se hallaba apenas en la cuna. Entre los grandes personajes del siglo XIV, grandes, no tanto por su elevada posición social, como por sus extraordinarias cualidades morales, vemos descollar resplandeciente con la triple aureola del saber, de la virtud y del martirio, la figura del ilustre canónigo de Praga, cuyo nombre, tan venerado por los miembros del clero, es uno de los más conocidos, amados é invocados por el pueblo cristiano de todos los países del antiguo y nuevo continente. Todo concurre á rodear su nombre de popularidad: los prodigios que dan á su historia un

colorido legendario; los milagros obtenidos en todas partes por su intercesión gloriosa; pero, sobre todo, su fortaleza invicta en una prueba hasta entonces no vista, y acaso no repetida después, y, por consiguiente, la originalidad de su martirio único hasta hoy en los fastos de la Iglesia. Tales circunstancias no podían menos de impresionar fuertemente los ánimos de los creyentes, no sólo por el momento ni en un punto del globo, sino por larga serie de siglos y en todas las regiones adonde llevó la fama la noticia de tan esclarecido personaje. Los grandes caracteres, así como dominan á las muchedumbres, así, traspasando los estrechos límites del tiempo y del espacio, proyectan á enormes distancias los rayos de su celebridad, iluminan y alientan á innumerables almas, y se captan, sin pensarlos ellos siquiera, la admiración y el entusiasmo de las generaciones. Juan de Nepomuc fué un gran carácter: ¿quién puede dudarlo? De ahí que ni la distancia de millares de leguas que separa de nosotros el lugar ennoblecido con su nacimiento, ni el transcurso de casi siete siglos acumulados sobre su sepulcro, hayan sido parte á borrar su bendita memoria del corazón de los pueblos cristianos. ¡Con cuánta fe no se le invoca, especialmente en los trances en que pelagra el crédito propio y el buen nombre y la honra de una persona querida! ¡Con cuánto afecto no se le tributan los mayores honores que pueden tributarse á un santo! ¡Díganlo el devoto pueblo de Colombia, la América entera, la Europa latina y germánica, la Iglesia universal!...

2. El Venerable Capítulo de esta santa iglesia metropolitana quiere hoy atestiguarlo una vez más, celebrando la tradicional festividad de su glorioso Patrono, y estimulando de este modo la devoción nunca desmentida

del católico pueblo de esta capital. Á este fin quiere que se recuerden por centésima vez los hechos del invicto mártir, aunque jamás olvidados por los fieles; y yo, para desempeñar del mejor modo posible el honroso encargo que se me ha cometido, querría también presentar á vuestros ojos el bosquejo de tan noble carácter, haciéndoos ver su consonancia con la dignidad del sacerdote; ó, en breves términos, en el ínclito Nepomuceno el verdadero carácter sacerdotal. No es, no puede ser, no será nunca el sacerdote católico *la caña agitada por el soplo del viento*, que decía el Salvador<sup>1</sup>: el sacerdote, á la manera del santo Precursor de Cristo, y de su ilustre imitador, San Juan Nepomuceno, será siempre el baluarte de la verdad y firme muro de la religión, en donde irán á estrellarse los furores de los Herodes antiguos y modernos. El sacerdote católico sabrá hablar y callar, siempre con igual firmeza: hablará, cuando lo exija el deber de predicar la ley evangélica: *Legem requirent ex ore eius*; y sellará sus labios con silencio inviolable, cuando fuere menester guardar la ciencia del secreto, esto es, el conocimiento de la conciencia de sus penitentes: *Labia sacerdotis custodient scientiam*<sup>2</sup>. En uno y otro caso, en el púlpito y en el confesonario, el Nepomuceno será el dechado más perfecto del carácter sacerdotal. Saludemos á María etc.

## I.

3. Destinado para entrar en lucha con los poderosos, cual otro Jeremías, dotó Dios á nuestro Juan con aquellas aptitudes naturales y sobrenaturales que pedía su extraordinaria vocación. Pareció haberle dicho Dios:

<sup>1</sup> Matth. 11, 7.<sup>2</sup> Mal. 1. c.

*Antes de ser tú formado en el vientre materno te conocí, porque te destiné á ser el profeta de tu pueblo*<sup>1</sup>. No olvidéis, amados fieles, que el niño Juan fué, como su homónimo, el Bautista, hijo de milagro, habido por sus padres en edad tardía, y salvado, en la primera niñez, de mortal peligro por obra evidente del poder de María. Era, sin duda, varón predestinado en los consejos eternos para ser, no solamente el apóstol de su patria, el reino de Bohemia, sino también el maravilloso dechado del sacerdote católico en todos los siglos y naciones. *Prophetam in gentibus dedi te*. Soy un tierno y balbuciente niño<sup>2</sup>, decía nuestro héroe, al sentir en lo interior de su corazón la voz divina que le llamaba al sacerdocio; porque, no lo dudéis, Juan de Nepomuc fué llamado al sagrado ministerio desde la cuna, y su vocación se revelaba hasta en sus mismos juegos infantiles, pero mucho mejor y más claramente en sus piadosísimas inclinaciones, en sus ejercicios devotos, en todas sus maneras modestísimas y afables, ¿qué digo? hasta en su mismo semblante adornado de grave hermosura, realzada por la superior belleza de su alma virginal y varonil juntamente. Y ¿qué pensáis que le respondería el Señor, también en lo íntimo de la conciencia? *Nada temas, porque yo estoy contigo*. Visibles eran, en efecto, las bendiciones del cielo sobre la cabeza de aquel niño singular. *Yo te he destinado para predicar mi ley á los reyes y á los pueblos ... y para eso te he formado á manera de ciudad bien pertrechada, de columna de hierro y muralla de bronce.... Guerrearán contra ti, pero no prevalecerán, porque estoy contigo, dice el Señor, para librarte*<sup>3</sup>. Conocedores por sobre-

<sup>1</sup> Jer. 1, 5.<sup>2</sup> Ibid. 1, 6.<sup>3</sup> Ibid. 1, 10. 18. 19.

natural instinto los padres de aquel niño, de los designios de la Providencia, y no menos impulsados por la necesidad de conservarle la vida, consagraronle al culto del Señor desde la infancia, con no menor acierto que Ana dedicó á Samuel al servicio del templo de Jehová<sup>1</sup>. Y ¡con qué contento no recibió el niño Juan la noticia de haber sido consagrado á su Dios! Ya me lo figuro arrodillado delante de la imagen de la Virgen María en actitud angelical, ratificando de propio movimiento y voluntad el voto de ser todo de Dios y de su Madre, que pronunciaron en su nombre sus virtuosos padres. Desde entonces no pensó más que en prepararse con todas las disposiciones requeridas para el cumplimiento de los divinos decretos. Era preciso, y así lo comprendió desde luego, atesorar en su alma un caudal riquísimo de ciencia y de virtudes.

4. No creáis, cristianos, que sea necesaria poca firmeza de carácter para esta laboriosa formación del sacerdote. No le basta al que ha de ejercer este cargo, una tintura de ciencias y letras; y mucho menos, si Dios le escoge entre millares para anunciar con éxito la divina palabra. Virtudes apostólicas, vasta y profunda ilustración: he ahí los naturales agentes que deben fecundizar la vocación divina del predicador evangélico. Porque, si bien éste, siguiendo las huellas del incomparable anunciador del Evangelio, San Pablo, no ha de estribar principalmente en la humana sabiduría que le instruirá en el arte de la persuasión, sino en la fuerza sobrenatural del espíritu<sup>2</sup>; no por eso ésta puede eximirse de la obligación de acopiar tesoros de ciencia sagrada y profana, ni del deber de adiestrarse, por el

<sup>1</sup> 1 Reg. 1, 28.

<sup>2</sup> 1 Cor. 2, 4.

estudio de la elocuencia, en el difícil arte de hablar con aquella dignidad y perfección que lo hicieron los Padres de la Iglesia. Penetrado de estas verdades Juan Nepomuceno deja á Zatecio, donde ha cursado ya con aprovechamiento las Letras humanas, y se encamina á la recién fundada y ya famosa universidad de la capital del reino, uno de los grandes emporios del saber en la edad media, adonde concurrían entonces — no lo tengáis por exageración — nada menos que cuarenta mil estudiantes<sup>1</sup>, ávidos de instrucción en todos los ramos de la ciencia hasta entonces cultivados. No se habían hecho por aquellos tiempos, es verdad, los portentosos descubrimientos del globo terráqueo, del mundo planetario y de la naturaleza en general, que tanto vuelo hicieron tomar en siglos posteriores á las ciencias naturales; pero, en cambio, se investigaban con tesón y agudeza de ingenio los arcanos de la Metafísica, se profundizaba en la ciencia del Derecho, y se engolfaban los espíritus en el más sublime de todos los estudios, el de la sagrada Teología. Saben muy bien los venerables sacerdotes que me escuchan, y deben saberlo también los fieles, cuán arduos y dilatados son los estudios eclesiásticos que abrazan, fuera de otras disciplinas, la Teología en todos sus ramos, las Sagradas Escrituras, la Historia y el Derecho canónico. No poco tiempo, ni vulgar ingenio, sino muchos años, talentos superiores y, sobre todo, aplicación tenaz se requieren para llegar á poseer esa ciencia como la poseyó el Nepomuceno, aplaudido como el primero de sus doctores por el Claustro de la célebre universidad de Praga. Juan Nepomuceno es un sabio, y debe serlo,

<sup>1</sup> Santander, Serm. de San Juan Nep.

porque *de sus labios se exigirá la exposición de la Ley*<sup>1</sup>; y, muy pronto, condecorado ya con la dignidad sacerdotal, se le verá ocupar en propiedad la cátedra sagrada, nombrado predicador de la célebre basílica de Nuestra Señora de Teyn. Veráse también agraciado por el arzobispo de aquella iglesia metropolitana con una plaza de canónigo en el Venerable Capítulo de la catedral, y habrá de anunciar las verdades de la religión á la impura corte del emperador Venceslao. Gran caudal de sabiduría necesita quien ha de desempeñar tan onerosos como honoríficos y delicados empleos.

5. Pero la ciencia, por grande que sea, no le basta al sacerdote para cumplir con una misión superior á la naturaleza: necesita más que todo, de virtudes cristianas, heroicas, verdaderas joyas del espíritu sacerdotal. ¡Oh! y ¡cómo brillan todas las virtudes en la frente del Nepomuceno! Naturalmente descuella entre todas la piedad, virtud sacerdotal por excelencia. ¿Qué es sin ella el sacerdote en el altar, en el coro, en las funciones sagradas? ¿No es él quien debe mantener siempre encendido el sagrado fuego, la divina Eucaristía? ¿Cómo, pues, no ha de participar de su calor? ¿cómo no ha de arder con el contacto de aquel Dios que es *fuego consumidor*?<sup>2</sup> Ved á Juan retirado á la soledad para disponerse durante treinta días, con oración y penitencia, á recibir las sagradas órdenes. Vedlo ya celebrando los divinos misterios con seráficos ardores.... Vedlo, en fin, desempeñando con maravilloso fervor los oficios de su dignidad, cantando en el coro de la catedral de Praga las divinas alabanzas. ¡Qué modelo tan admirable de

<sup>1</sup> Mal. 1. c.

<sup>2</sup> Deut. 4, 24.

piedad sacerdotal! Pues ¿qué diré de su pureza de costumbres, de su mansedumbre, de su humildad y desprendimiento de todos los bienes de la tierra? Si durante la juventud, y en medio de aquella turba de estudiantes universitarios, entre quienes eran comunes entonces, como suelen serlo siempre, la disipación y la licencia, conservó inmaculada la inocencia de su corazón, merced á los cuidados con que supo guardarla, y especialmente á la devoción ternísima que profesó toda su vida á la Reina de las Vírgenes; ¿cuál no sería el candor de su virtud en edad madura y en el estado santo del sacerdocio? Por lo que hace á su humildad, baste decir que, siendo como era antorcha del estado eclesiástico, créese sinceramente indigno de los empleos que ejerce, diciendo que es incapaz de desempeñarlos con decoro. Y ¿por qué, sino por efecto de humildad profundísima, rehusa constantemente aceptar los principales obispados para que se le propone, sin admitir siquiera algunas de las ricas abadías y honoríficos prestazgos que con instancia se le ofrecen? ¡Qué bien aprendió el discípulo de Cristo la sublime y difícil lección de su Maestro: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; y: No queráis amar al mundo ni las cosas que en él se aprecian: escoge para ti el último lugar*<sup>1</sup>! Que, si finalmente acepta el delicado nombramiento de Limosnero mayor de palacio y confesor de la reina, es tan sólo para dar en esos empleos expansión á su virtud favorita, la caridad con el prójimo. Por ella mereció en los procesos de su canonización<sup>2</sup> el envidiable dictado de *Padre misericordioso*

<sup>1</sup> Matth. 11, 29. 1 Io. 2, 15. Luc. 14, 10.

<sup>2</sup> Torrecilla, Serm. de San Juan.

de los pobres; y lo fué tan de veras, que no hubo necesidad, espiritual ó corporal, en aquel reino tan oprimido de miserias, que el piadoso Limosnero no atendiese á remediar. *Oyó el Señor el clamor de los pobres*<sup>1</sup>; pues, como reflexiona un panegirista del santo Mártir, si Dios permitió por aquel tiempo que Bohemia se viese tan afligida, dispuso también, por un efecto de esa piedad que templó el rigor de su justicia, que brillase entonces el gran Nepomuceno como iris que serenase las borrascas, no sólo con la lengua en sus sermones, sino con las copiosas limosnas derramadas por sus manos<sup>2</sup>. Caritativo con los cuerpos, éralo más todavía con las almas de sus prójimos, extraviados en gran número, ya por el error, ya por una espantosa corrupción. Á remediarla dirigió el sacerdote celoso de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, todo el vigor de su predicación.

6. Vigorosa ha de ser la predicación evangélica, la única digna del ministro de Jesucristo y sucesor de los apóstoles: *in ostensione spiritus et virtutis*, que dice el Apóstol, modelo de predicadores<sup>3</sup>. Ni es otro el genuino carácter de la elocuencia que la persuasión; pues una predicación fría y desalentada, por más que la adornen primorosas galas de estilo y sutileza de conceptos, no llegará nunca á quebrantar ni domar los corazones. La elocuencia sagrada halló en Juan Nepomuceno un valiente representante, como que estaba dotado así de prendas naturales nada comunes para cautivar y mover, como de la virtud de lo alto que hizo de los ignorantes discípulos de Cristo, elocuentísimos predicadores. Juan era, como el otro Bautista, una

<sup>1</sup> Ps. 9. 12. 17; 33. 7; 68. 34.    <sup>2</sup> Ubi supra.    <sup>3</sup> I Cor. 2. 4.

voz<sup>1</sup>, una lengua de fuego capaz de inflamar las muchedumbres, pero con el fuego santo de la caridad que purifica á los justos. «Su voz y su acción ejercían un poder despótico sobre los ánimos de los oyentes.»<sup>2</sup> Bohemia lo necesitaba; pues su corrupción, si hemos de dar crédito á los historiadores, rayaba en lo increíble. La pintura que se nos hace de la ciudad de Praga, y especialmente de la corte de su rey Venceslao, es capaz de horrorizar, sin que deje de ser muy verosímil. «Desde el emperador impío, se nos dice, hasta el más vil cortesano, vivían todos del vicio y se sustentaban de la maldad... La virtud era delito en aquella infame corte, y los excesos criminales se premiaban cual si fueran heroicas acciones... la mujer honrada lloraba sus ultrajes, en tanto que la cortesana hacía alarde de su desenvoltura.»<sup>3</sup> Mas ¡oh prodigio de la elocuencia de Juan Nepomuceno! Los pecadores abandonan el camino de la iniquidad; las costumbres se reforman por encanto; y hasta el impío y desenfrenado monarca, si no se convierte, se modera algún tanto y, como en otro tiempo Herodes por la eficaz exhortación del Precursor, *hacia muchas buenas obras*<sup>4</sup>, movido por la voz de su Limosnero, á cuyos sermones asistía de buen grado. El lenguaje del Santo en el púlpito era sencillo, claro y persuasivo, lleno, por otra parte, de unción, mezcla de suavidad y vehemencia, con la cual atraía innumerables almas al arrepentimiento. De esta suerte satisfacía el santo sacerdote á las exigencias de los pueblos que reclamaban de su boca la explicación de la Ley del Señor: *Legem requirent ex ore eius.*

<sup>1</sup> Io. 1. 23.

<sup>2</sup> Torrecilla l. c.

<sup>3</sup> Andrade, Serm. de San Juan Nep.

<sup>4</sup> Marc. 6. 20.

Así demostró la entereza del carácter sacerdotal, hablando con libertad apostólica cuando debía hablar: ved ahora cómo supo mostrarse aun más heroico callando, cuando llegó el momento de guardar un silencio impenetrable.

## II.

7. Lleno de caridad aguardaba Juan á los penitentes en el confesonario para reconciliarlos con Dios, porque fué tan diestro en el manejo y dirección de las conciencias como aventajado en la predicación de la divina palabra. En uno y otro ministerio debe ser nuestro maestro, venerables sacerdotes: por uno y otro título debéis honrarle, fieles, como le honra la Iglesia. No es menos importante, ni menos glorioso tampoco, el ministerio del director de almas en el tribunal de la penitencia, que el del orador sagrado en la cátedra del Espíritu Santo. Ciertamente no adquirió menores merecimientos, ni ejercitó virtudes menos generosas el santo canónigo de Praga dirigiendo en el confesonario á la virtuosa reina de Bohemia, Doña Juana, á toda la nobleza de aquella lucida corte, á las religiosas del convento de San Jorge de la misma ciudad y á otras muchísimas personas de toda condición y estado, que amedrentando á los tiranos desde el Púlpito, instruyendo al pueblo, convirtiendo pecadores y santificando almas á millares. Ni es menos necesario para el cargo delicadísimo de administrar el sacramento de la penitencia aquel tino, aquella prudencia, caridad y celo que sólo puede infundir en el sacerdote el espíritu de Dios. ¡Cuántos peligros no rodean el confesonario! ¡cuánta responsabilidad no apareja! ¡cuántas dificultades no ofrece! Peligros de errar con grave daño propio y de las almas; responsabilidad consiguiente ante Dios, y

también ante la sociedad que tantos bienes se promete del buen uso de la confesión sacramental; dificultades por parte del ministerio en sí mismo, y luego, de las circunstancias de que suele estar acompañado. El confesonario, como todos sabéis, fué el terreno donde cosechó nuestro Juan las palmas del martirio.

8. Veamos ya sometido á terrible prueba el carácter sacerdotal de este eminente sacerdote. No hay secreto más inviolable que el de la confesión sacramental, como que obliga, así por derecho divino y eclesiástico como por derecho natural, en todos los casos y eventualidades posibles. Ni por escapar de gravísimos males, como serían la deshonor, el destierro y la muerte, es permitido al sacerdote revelar la más mínima parte de aquello que ha sido materia de la confesión, esto es, que se le ha declarado en orden á la absolución sacramental. ¡Qué confianza no debe inspirar esta ley del sigilo á los más relajados pecadores, cuando se acogen contritos al tribunal de la penitencia! Seguros pueden estar de que no padecerán el más leve menoscabo en su reputación, pues el confesor jamás descubrirá su secreto, aunque le costase la vida y la honra. Dios, que vela por el honor de los sacramentos instituídos en su Iglesia, no permitirá que el de la penitencia llegue á hacerse odioso por la infame cobardía de ninguno de sus ministros. Esta aserción consoladora está apoyada en larguísima experiencia. El martirio de San Juan Nepomuceno, primero de este género, es un hecho providencial dispuesto para gloria de la Iglesia de Cristo y honor de sus ministros. Ponderemos bien sus circunstancias, y bendigamos al Dios de toda fortaleza <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Is. 11, 2.

9. La virtuosa emperatriz llega, precisamente por serlo en tan eminente grado bajo la dirección de Juan, á tornarse objeto de desvío, de odio y de crueldad para su indigno esposo, encenagado en el desorden. Venceslao deja poseer su corazón de una loca pasión de celos contra su consorte, arrastrándole su frenético furor hasta concebir el designio de arrancar de la boca del confesor los secretos de la confesión de la reina. ¡Qué delirio! ¡qué osadía! ¡qué monstruosidad más detestable! Con razón exclama un orador: «¡Siglos todos del cristianismo, levantaos y decid si entre tantas abominaciones como habéis presenciado, habéis visto jamás tamaño exceso, si habéis oído demanda tan horrenda y tan sacrílega!»<sup>1</sup> Oída por el santo capellán de palacio tan necia y execrable pretensión, acompañada, como podéis suponer, de largo preámbulo de promesas y amenazas, pintóse el horror en su semblante, quedando, dicen los cronistas, frío y helado como un mármol. Pero, aquí de su carácter y espíritu apostólico con que representó al obcecado príncipe la enormidad de aquel delito, protestando hallarse en disposición de sacrificar mil vidas entre cruelísimos tormentos antes que afrentar su dignidad y la santidad del ministerio con la violación del sagrado sigilo<sup>2</sup>. ¡Qué escena tan digna del pincel del artista cristiano, y aun más, de la admiración de todos los siglos y naciones! El manso sacerdote, de pie, como Jesús ante sus inicuos jueces, confunde, avergüenza y hace temblar de rabia al sacrílego tirano que se venga de su derrota con la feroz persecución del vencedor. Por de pronto mándale encerrar en obscura cárcel, esperando que el horror y la

<sup>1</sup> *Torrecilla* l. c.<sup>2</sup> *Ribadeneira*, *Flos Sanctorum*.

incomodidad dobleguen el ánimo del confesor ya mártir. Pero en vano, como sabéis, amadísimos oyentes. Ni los malos tratamientos, ni los halagos empleados después por el hipócrita seductor, ni los tormentos atrocísimos con que, á consecuencia de la nueva y más firme negativa, despedazan el sagrado cuerpo, nada es bastante para debilitar la constancia del invicto sacerdote. ¿Queréis saber hasta dónde llegó la crueldad del inicuo monarca, que así afrentaba el nombre de cristiano, y la ferocidad de los bárbaros ejecutores de sus órdenes? En el mismo interior del real palacio manda Venceslao que sea atormentado el Santo: allí es apaleado ferozmente, extendido en el potro, descoyuntados sus miembros, quemado todo el cuerpo con hachas encendidas, hasta dejarlo finalmente cubierto de heridas y contusiones. ¡Con qué heroísmo soportó el ministro de Dios aquella atroz carnicería! No abrió la boca para quejarse, pero sí para invocar en medio de sus acerbos dolores los dulcísimos nombres de Jesús y María<sup>1</sup>. El Santo daba gracias á Jesús crucificado de haberse dignado hacerle participante del cáliz de su pasión; y, lo que es todavía más heroico, ocultó á los ojos de los hombres su martirio, y, cuando se hubo curado de sus llagas, volvió á predicar al pueblo la divina palabra en la catedral de Praga. ¡Qué magnanimidad de sacerdote! Era llegada finalmente la hora de sellar con la última gota de su sangre la inviolable fidelidad del sigilo sacramental. Instado por tercera vez el mártir á descubrir los secretos de conciencia de la emperatriz, persistió con la intrepidez acostumbrada en la absoluta negativa: *Non licet*. Fuera de sí Venceslao, manda

<sup>1</sup> *Ribadeneira* l. c.

que, atado de pies y manos, en la obscuridad de la noche sea precipitado, puente abajo, en el caudaloso Moldava. La orden fué ejecutada con todo secreto; pero el cielo con brillantes señales se encargó de publicar la gloria del protomártir del sacramento de la penitencia. Misteriosas antorchas discurrían por el río, á cuyo indicio, acudiendo todo el pueblo, fué hallado el sagrado cadáver y sepultado con honores de confesor de Cristo.

10. ¡Ahí tenéis, amados fieles, el genuino dechado del sacerdote católico! *Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo*<sup>1</sup>. ¡Ahí tenéis el retrato de un levantado carácter en vida y en muerte, en obras y palabras, en la cátedra de la verdad y en el tribunal de la reconciliación! Un modelo de esta clase debería estar siempre delante de los ojos de todo cristiano para alentarle y confundirle. El Cabildo metropolitano de Praga experimentó bien pronto la irresistible fuerza de tan alto ejemplo, no vacilando en tributar los merecidos honores al sepulcro de su glorioso compañero, sin que le arredrasen las iras del furioso emperador. ¡Pluguiera á Dios que supiésemos todos imitarle, cada cual en el cumplimiento riguroso de sus respectivos deberes! Invocadle vosotros, respetables señores capitulares, y pedidle para todo el clero de esta ilustre arquidiócesis las virtudes sacerdotales de que nos legó, hablando y callando, tan esclarecidos ejemplos. Invocadle, fieles todos, seguros de su poderosa intercesión delante del Altísimo, y pedidle, no sólo favores temporales, sino con especial fervor las virtudes cristianas, con cuya posesión, haciéndonos superiores á nuestras debilidades, mereceremos alcanzar algún día la corona de los fuertes. Así sea.

<sup>1</sup> Brev. Rom. (Off. Conf. pont. ad capit.)

## PANEGÍRICO DE SAN LUIS GONZAGA

(predicado en la fiesta de su tercer centenario, Medellín [Colombia] 1891).

### El modelo y protector de la juventud.

Ecce ego mittam angelum meum, qui praecedat te, et custodiat in via.

He ahí que yo enviaré mi ángel, que te guíe y te guarde en el camino.

Ex. 23, 20.

1. Sobrevivir trescientos años después de pagado el común tributo de la humana mortalidad, y sobrevivir lleno de gloria en la memoria y en el corazón de millares de hombres, es, hermanos carísimos, alcanzar á una altura prodigiosa que deja muy atrás, no sólo la famosa torre parisiense de 300 metros, sino la región de las nieves eternas que coronan los gigantescos picos de las montañas andinas. Colocado en esa cúspide, ¡cuánto se eleva el admirable Luis Gonzaga sobre el nivel de las humanas grandezas! ¿Qué linaje de grandeza es ésta, que resiste al empuje de tres siglos de vaivenes sociales? Durante este período de la historia, tan fecundo en grandes hombres como en maravillosos sucesos, han brillado ciertamente un sin número de héroes, de sabios y de santos, dejando luminosa huella en todas las esferas de la vida natural y sobrenatural; pero, la verdad sea dicha, ¿de cuántos de ellos se guarda tan religiosa, tan fresca y cariñosa la memoria como del joven Luis Gonzaga, escolar modestísimo de la Compañía de Jesús? ¿cuántos de ellos puede decirse que viven, no sólo en la memoria, sino en el corazón de los hombres? Después de todo, si á muchos se admira como á genios superiores y aun se tributa homenaje de eterna gratitud, ¿á cuántos se toma por modelos? ¿á cuántos se invoca cual patronos? Entre los mismos varones eximios